

con independencia de las virtudes y del celo, el rango que debe ocupar en la galería de los hombres célebres por las várias dimensiones de su genio, los diferentes grados de sus talentos, la profundidad comparativa de su saber y la delicadeza y finura de su diccion. He aquí porqué en la república de las letras, como en el teatro de la sociedad, hai dos órbitas, dos poderes, dos autoridades igualmente permitidas por Dios: un legislador para los dogmas y las costumbres, y un legislador para las reglas y el arte; tribunales y censura para mantener en su pureza la moral y la fe, criterio y gusto para distribuir los asientos ó negarlos tambien en el recinto de la celebridad literaria.

Se ha visto por lo mismo en todas épocas con el mas vivo y grande interes el estudio y cultivo de la oratoria sagrada; y esto nos basta para entrar en materia sin detenernos á justificar previamente su importancia. Es nuestro ánimo observar en esta disertacion el verdadero genio de la elocuencia sagrada, mostrar sus destinos y bosquejar su gloria: empeño difícil en verdad, pero trabajo que no será del todo estéril, si atinamos al ménos con algunos puntos dominantes á donde llamar el talento de la juventud que se prepara con el estudio de las ciencias eclesiásticas á ejercer el santo y glorioso ministerio de la palabra divina.

¿Cómo llegar á este resultado? Determinando con exactitud los principios constitutivos, la filiacion propia y las relaciones universales de un género que, visto bajo todos sus aspectos, campea noblemente y sin rival en el vastísimo teatro de la literatura; pues encierra por una parte los inapreciables tesoros de la sublimidad, domina por otra en la region de los sentimientos, y se apodera sin esfuerzo de todas las facultades del hombre para subyugarle por la admiracion, vencerle por el temor ó la esperanza, ganarle con las imá-

genes peregrinas de la virtud y la felicidad, haciéndolo entrar todo en el círculo de su pensamiento, y atando con lazos indisolubles á Dios con la humanidad, á la tierra con el cielo.

Tres cosas hai que estudiar en la elocuencia sagrada, para sentir los efectos de su poder, columbrar su rango y descubrir su genio. ¿Cuáles? Su existencia, sus relaciones y sus leyes. La reunion actual de sus atributos esenciales, el lugar entendido que ocupa entre todos los ramos cuyo conjunto forma el objeto comun de la razon y la voluntad humana, y por último, las consecuencias legítimas de esta localidad lógica, en cuya expresion total reconocemos el código de la razon y del buen gusto: he aquí lo que debe observarse con escrupulosidad. Lo primero está representado en la mision divina del orador sagrado; lo segundo en la filosofia; lo tercero en la crítica literaria. Es visto, pues, que vamos á examinar la materia bajo este triple aspecto, considerando la elocuencia sagrada como una institucion divina, como un agente de civilizacion, y como un reservatorio inmenso de cultura y de gloria para la inteligencia y el genio.

PRIMERA PARTE.

Miéntas los hombres no estuvieron estrechados con otros vínculos que los puramente humanos, el inestimable privilegio de la palabra, reducido á la clase de un talento, ni tuvo mas teatro que el de las pasiones para lisongearlas, ni mas medios que la destreza en el persuadir, ni mas autoridad que la reputacion literaria, ni otro fin que el interes particular de los ciudadanos, ó cuando mucho el exterior bienestar de las naciones. Jamas ocurrió á los antiguos que

aquel resorte maravilloso pudiera merecer un destino mas elevado, ni ménos todavía el hacerle bajar inmediatamente de los cielos. Demóstenes en la república de Atenas y Ciceron en la de Roma, despues de haber contrastado el primero desde la tribuna las fuerzas poderosas de Filipo, y abatido el segundo mil veces á los facciosos, ó, confundiendo la calumnia, vindicado la inocencia en el foro, murieron cubiertos de gloria, dividiéndose, al parecer, ya desde entónces los homenajes de admiracion y reconocimiento de la posteridad inmensa que habia de sucederles. Incapaces empero de sospechar ni que pudiera extenderse más el círculo del orador, ni que la elocuencia fuera susceptible de nuevas perfecciones, creyeron acaso, al descender al sepulcro, haber cerrado juntamente al genio las avenidas ilustres de una mas eminente celebridad. A la vista de una decadencia tan grande como la que sufrió la oratoria, inmediatamente despues que ya no sonó ni en el senado ni en el foro la voz elocuente de Tulio, se hubiera creído sin dificultad ninguna, que habia huido, para nunca volver, la edad de oro de la elocuencia. Hai mas: con los enemigos de Filipo y Antonio habian ya desaparecido aquellas formas populares; y sucediendo á la tribuna del pueblo el palacio de los Césares, tambien las voces de aquellos vehementes republicanos quedaron reemplazadas con la culta lira de Horacio, los compasados trinos de Virgilio sobremanera gratos al oido del vanidoso Augusto, y las quejas melodiosas del poeta que desde las riberas del Ponto divinizaba á sus tiranos.

En una situacion tan triste para la elocuencia, relegada ya de la capital del imperio, esta voz, pronunciada en un rincon de la Judea, se difunde como el trueno por todos los ángulos del mundo conocido.—“Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere y se bau-

tizare se salvará; pero el que no creyere será condenado (1).”

Voz sublime y divina que elevando al hombre hasta la altura en que reside aquel que le sacó de la nada, le preparó ya desde entónces un imperio que, aunque tenia su principio en el tiempo, debia perderse en la eternidad. ¡Qué hermosa no se ofrece al espíritu semejante institucion que comete al dominio de un solo hombre lo que mas sorprende y admira sobre la tierra! No son ya las sectas orgullosas de la antigua filosofía quienes exaltando los triunfos de su razon se arrogarán el privilegio de renovar el entendimiento humano: la autoridad de Aristóteles y su maestro no resonarán en la Academia ó el Liceo para someter los espíritus acaso al dominio del error. Un hombre solo que comunica de un modo mui íntimo con su Criador recibirá inmediatamente de sus manos el rico depósito de las eternas verdades. El maestro no habrá menester de contar entre los discípulos de su escuela un genio bélico y emprendedor que lleve sus doctrinas por cuantos son los pueblos sometidos al poder de las armas: bastará que se abran los labios de un apóstol, obediente al influjo insinuante de la caridad, para que sus divinos oráculos salven las mayores distancias, triunfen de todos los tropiezos, penetren hasta lo mas íntimo del corazon; y uniendo por la fuerza del sentimiento mas sublime y consolador á los habitantes de todas las zonas y de todos los climas, mejoren la miserable y abatida condicion de la especie humana.

En esas palabras proféticas á par que sublimes, pronunciadas por el Salvador cuando habia salido ya glorioso y triunfante de su sepulcro; en ese discurso brevísimo que dirige á sus discípulos á la faz del cielo y de la tierra, ma-

(1) Marc. Cap. 16, vv. 15 et 16.

gestuosamente colocado entre cuarenta siglos que le habian precedido, figurado en su historia, representado en su sacerdocio y anunciado por la voz de sus Profetas, y los nuevos é innumerables que le iban á seguir, llevando por todas partes su nombre y su doctrina; en esas palabras, repetimos, está formulada la noble y santa mision del orador evangélico, la constitucion divina del apostolado y el rango sublime de la elocuencia sagrada. Mas para sentir mejor el ser divino de un *arte* que no lleva este nombre sino por concecion, y mejor caracterizado quedaria con el nombre de *poder*, es necesario penetrar un poco mas en el sagrado texto, y considerar lo que pasa entre Jesucristo y sus apóstoles en aquel dia solemne, eternamente célebre en los fastos de la Iglesia católica, en que el uso de la palabra recibió, digámoslo así, la imposicion de las manos, y consagrado por el Eterno Sacerdote, sancionado por el Redentor del mundo, tuvo ya el carácter indeleble de una institucion divina, que habia de mantener en activo y santo comercio hasta la consumacion de los siglos las tres grandes demarcaciones de la Iglesia universal, la que milita en el tiempo, la que se purifica mas allá del tiempo y la que reina con gloria en la eternidad.

I.

Llegado el dia señalado en los eternos decretos para constituir el ministerio de la elocuencia sagrada, los once discípulos que habian permanecido fieles, partiendo para Galilea, se dirigieron á la montaña, lugar del misterioso emplazamiento. Reunidos allí estaban, cuando viendo aparecer á Jesucristo, cayeron en tierra para rendirle sus tributos de adoracion. “Acercándose Jesus entónces, dice el Evangelista, les dirigió la palabra en estos términos: *A mí se me ha*

dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id pues, é instruid á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y estad ciertos, que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos (1).”

Comencemos por observar todas las circunstancias que aquí se reunen para dar á las palabras de Jesucristo y á la situacion moral de los apóstoles un carácter extraordinariamente solemne: el tiempo, el lugar, la accion. Pudo sin duda Jesucristo haber hablado sobre esto y comunicado el sublime poder de la palabra desde que llamó al primer pescador, desde que tuvo el primer discípulo, desde que dió las primeras lecciones acerca del eterno designio de salud que le habia traido á la tierra: pudo hacerlo en la montaña, desde donde mostró á las turbas los títulos únicos con que podian aspirar á la bienaventuranza; pudo hacerlo en el Tabor, donde la voz del Padre, hiriendo el horizonte desde las alturas, consagró la palabra de su Unigénito, mandando que se le escuchase como al Hijo del Dios vivo; pudo hacerlo en el Cenáculo, donde bajando su grandeza hasta los piés de sus discípulos, para poder levantar hasta los cielos sobre las anchas y profundas basas de la humildad el edificio augusto de la virtud, caracterizó á los que habian de merecer el nombre de representantes suyos en la tierra; pudo hacerlo en el Calvario, pues que habia llegado la época profetizada por él mismo, de atraerlo todo á su persona, levantado él, como ya lo estaba, sobre la cruz, y revelado plenísimamente su poder en la independencia y soberanía con que iba á recibir la muerte, y en la magestad y ternura

(1) Math. cap. XXVIII, vv. 18, 19 y 20.

con que puso la corona de la inmortalidad sobre las sienas de un ladrón arrepentido, momentos ántes de abandonar la tierra. Mas no lo verificó entónces; y como en la conducta del Verbo hai lecciones de insondable profundidad, no ménos en lo que deja de hacer que en lo que practica, encierra sin duda un pensamiento grande la eleccion del tiempo que escoge de intento para armar á sus ministros con el irresistible poder de la palabra divina. Este tiempo está situado entre su gloriosa resurreccion y su vuelta triunfante al reino de los cielos. Colocóse entre dos épocas de plenitud, por decirlo así: una en que se habia ya consumado para las doctrinas, para la lei, para el sacerdocio, para las costumbres, para el culto, para la humanidad, para el cielo y la tierra, la inmensa revolucion que, trayendo su origen desde el primer suspiro del hombre delincuente, habia de tocar á su término en el último suspiro del Salvador del mundo; y otra en que, árbitro ya de la creencia, como lo era de la vida y de la muerte, empezaban á correr los bellos siglos sobre la Esposa de los Cantares, la nueva Jerusalem, la santa Iglesia católica; en que se daba el primer paso por sus representantes y ministros hácia ese sendero de flores y de espinas, de gloria y de sangre, de tribulaciones y consuelos, de vicisitudes y de paz, que habia de mantener perdurablemente indelebiles las huellas del apostolado, para que pudiera decirse de generacion en generacion por cuantos estuviesen inspirados por la fe, la esperanza y la caridad: *¡Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!* (1) ¡Cuán maravillosos y bellos los piés de estos que así atraviesan por el mundo, repartiendo, con las palabras que se desprenden de sus labios, los goces inefables de la paz y los inmortales bienes prometidos á la virtud!

(1) Rom. cap. X, v. 15. Vid. Is. cap. LII, v. 7.

Al contemplar ese instante solemne, al ver cómo en una fraccion tan pequeña del tiempo se recogen los siglos sin embarazarse ni confundirse, la imaginacion se inflama, y cree asistir al espectáculo mas sublime que puede presentar la historia en la serie de las grandes instituciones. Jesucristo marcha siempre entre siglos proféticos y siglos rendidos á su poder, entre generaciones que le esperan y generaciones que le adoran; y colocado en esa montaña de Galilea durante la época de que hablamos, se anuncia en medio de una corte inmensa, mostrándose al través de tantas glorias como vienen á aglomerarse sobre su persona augusta; habla con el tono único que debia sentar á su rango divino; manda con el reposado continente de quien domina sin obstáculo sobre la verdad y la virtud, sobre la inteligencia y el corazón, sobre el temor y la esperanza. Los apóstoles que reunidos allí estaban, no sabian lo que Jesucristo les iba á decir; pero mil veces habian visto la magestad en su frente, el poder en sus manos, y la naturaleza á sus piés: ignoraban el porvenir, y tal vez no comprendian lo presente; pero su rendida y tierna adoracion altamente convencia de que poseian la ciencia de lo pasado, y á la vista de Jesucristo, los siglos todos venian en tropel á apoderarse de sus almas, anunciándoseles como el Deseado de las naciones y el Salvador del mundo.

II.

Pasemos á contemplar la simple localidad. Esa montaña presente y ausente á un mismo tiempo al espectáculo del mundo, desde la cual podia mui bien distinguir cada discípulo su cuna de pescador, para poder inaugurarse en el nuevo reino con el título de Apóstol, y sentir la necesidad de andar siempre apoyado en el brazo de Jesus, para no desfallecer bajo el